

Florencia Abbate: FELICES HASTA
QUE AMANEZCA (2017)

En el organismo

Les escribo porque quiero compartir mi experiencia con ustedes. Sabrán disculpar si parece que tardo en llegar al punto. Al poner por escrito mis impresiones tal como se fueron sucediendo, tengo la esperanza de entender el verdadero sentido de lo que ocurrió.

La historia comienza el día en que descubrí a Gregorio Fortini hablando con su pelo frente al espejo del ascensor del Organismo.

—Es evidente que vos no querés tener una relación fácil conmigo —le decía a su jopo, inclinando la cabeza hacia un costado y frunciendo las cejas.

Gregorio Fortini era uno de los tres directores del Organismo. Habían asumido hacía poco, por decisión del Poder Ejecutivo. A mí no me caían ni bien ni mal. El director general y el director de gestión me parecían más pasables que los de años anteriores, que presionaban a los medios con argumentos moralistas pero después aceptaban comisiones a cambio de no cobrar las multas. En aquella época el Organismo era solo un ente irrelevante dedicado a censurar expresiones obscenas que aparecían en radio o televisión. Pero en

los últimos tiempos estaba en el candelero por haber adquirido una pátina progresista, ya que le habían asignado la función de aplicar una ley que obligaba a los monopolios mediáticos a que se achicaran. Fortini, el director de legales, solía venir muy seguido a la mesa de entradas, donde yo trabajaba con Fabiana y Norma, mis dos compañeras históricas, y con Brian, un empleado nuevo a quien ellos habían contratado para nuestro sector.

Antes de subirme al ascensor, miré a Fortini como dándole a entender que lo que acababa de ver quedaba entre nosotros. Fortini se enderezó, se ajustó la corbata y desvió la vista, como si no me hubiéralo visto, todo lo cual parecía indicar que le había producido una vergüenza tremenda que yo hubiera descubierto su problema con el pelo. Y salió del ascensor como una tromba, cual si corriera a cumplir una misión decisiva para el destino del planeta.

Más tarde, mientras estaba en el escritorio de Brian enseñándole a clasificar los expedientes por área, apareció Fortini acompañado por un séquito de nuevos empleados de la Dirección de Legales, la mayoría estudiantes de abogacía recién recibidos, un pequeño grupo de militantes tiernos y entusiastas, acaso un poco grandes para ser ese el primer trabajo que tenían en sus vidas, pero chicos quizá para cobrar sueldos tan abultados. Fortini se acercó y me preguntó si había llegado alguna carta documento de Corpos. Respondí que no y, antes de irse, me guiñó ostensiblemente un ojo y dijo:

—Gracias, linda, después nos vemos.

Todos me miraron como si dieran por sentado que entre nosotros había algo. Me preocupé, ya que en el Organismo bastaba con que un par de personas

supusieran alguna falsedad para que, un día después, doscientas la murmuraran en los pasillos. Desde que yo sabía lo del pelo, Fortini me trataba como si entre nosotros hubiese una complicidad que en realidad no había. Y nuestros siguientes intercambios quedaron basados fraudulentamente en esa intimidad ficcional, en la cual me veía obligada a seguirle la corriente porque tenía que ganarme su confianza, debido a que corrían rumores de que algunos de los viejos empleados éramos agentes secretos de Corpos, el principal monopolio mediático.

Después empecé a sospechar que Fortini no solo me trataba así por lo del pelo sino también porque tal vez suponía que yo sabía que él estaba teniendo una historia con Fabiana. Ella había empezado a trabajar en la mesa de entradas un poco después que yo y tampoco tenía nada que ver con la política. De todas maneras a mí me caía mejor Brian, quien había accedido a su puesto tras haber adquirido cierta notoriedad por ser uno de los militantes gays que habían participado del lobby para conseguir la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario. Pero una tragedia personal imposibilitó que Brian se casara: por esos días Alex, su pareja, decidió cambiar de sexo para hacerse carmelita, con la esperanza de encontrar en el convento, tras una juventud demasiado tormentosa, la paz que tanto ansiaba. Brian lo había apoyado y hasta se había convencido de que Alex iba a ser más feliz con Dios que con él. Esa historia me pareció divina y quise ser su amiga. En cambio, con Fabiana éramos muy distintas. Ella tenía treinta y dos, adoraba salir de parranda y se esmeraba por atraer la mirada de todos los hombres; yo, a mis cuarenta y cinco, ya había abandonado el hábito del

sexo y disfrutaba quedarme en mi casa mirando la tele. Pero ella era concreta y expeditiva y funcionábamos bien trabajando juntas; a veces podíamos llegar a parecer amigas, y yo creía que por eso Fortini suponía que Fabiana me había contado lo de ellos.

El día en que empecé a sospecharlo el Organismo era un caos porque estaban haciendo reformas edilicias e instalando en la terraza una de las antenas de transmisión del nuevo sistema de televisión digital terrestre. No se podía trabajar por el ruido infernal que había. A eso de las tres, el mostrador de la mesa de entradas quedó por un momento vacío y aproveché para salir a fumar un cigarrillo. Fabiana estaba en la puerta tomando una gaseosa. Fortini atravesó la calle para ir al encuentro de un periodista que tenía que entrevistarle. Fabiana, con su pelo corto de tono dorado pálido, un vestido gris muy escotado y zapatillas de terciopelo, inclinó la pajita en la botella de Coca-Cola Light y, apenas sus labios la soltaron, tras el chirrido de la última gota, clavó la vista en Fortini con una cara de gato tremenda. Fortini le devolvió la mirada y se pasó la lengua por los labios y por el borde del bigote entrecano, como si lamiera el último barniz de algún aperitivo, y luego bajó la vista hacia su escote. Fabiana tenía tetas hechas, pero muy bien hechas. Fue entonces cuando se me hizo evidente que ellos eran amantes, sobre todo mientras notaba el orgullo con que él, a quien esa mirada de Fabiana parecía haberle inyectado una sobredosis de virilidad, se paraba en medio de la calle, amplia e inundada de sol, y con un gesto de galán de cine agitaba la mano llamando al periodista, como si en ese momento sintiera que la ciudad era suya.

—Vamos a cumplir nuestro objetivo de garantizar la pluralidad de voces. Todos los grupos de medios, incluso Corpos, el más poderoso y perjudicial para la democracia, tendrán que rendirse ante el imperio de la Ley. Se terminaron los privilegios —declaró y se acomodó un poco el pelo.

La pechera de su camisa parecía hincharse cuando hablaba y sus mejillas brillantes no dejaban de moverse mientras iba soltando con convicción y urbanidad las frases que el asesor le había escrito seguramente la semana anterior para apuntalar su carrera política, aunque su nombre todavía no hubiera empezado a aparecer en los diarios. Al terminar la entrevista Fortini dirigió su mirada hacia mí y me vi forzada a sonreír y aparentar admiración, aunque yo lo veía como uno de esos maridos aburridísimos que viven para su trabajo y corren como locos, excepto la mañana del domingo, cuando se toman su tiempo, beben sucesivos cafés, leen todos los diarios y salen a dar un paseo con su esposa, una caminata lenta y silenciosa que ella aguarda con ansia durante la semana, sabiéndose sin embargo casada con unos de esos prototipos que más tarde, cuando ya han pasado los sesenta, se convierten en perritos falderos de sus señoras y deambulan distraídos por las escaleras mecánicas de los shoppings mientras ellas hacen compras. Mientras él declamaba, yo miraba su mandíbula de bulldog y su incipiente calva con venas de hierro en las sienes y me preguntaba qué le vería Fabiana, aparte del poder. Pero sé que para muchas el poder es un atractivo grandísimo. A mí nunca me había despertado intriga alguna y de hecho, fíjense qué ironía, lo que menos me interesaba en la vida era relacionarme con gente que vive inmersa en conspiraciones.

La mesa de entradas funcionaba de 8 a 17, pero después había que quedarse un rato largo acomodando cosas. Ese día habíamos arreglado que Brian se quedara practicando lo que yo le había enseñado. Esperé a que terminara, hasta que me entregó una pila de expedientes caratulados para llevar a Legales. Subí al séptimo piso y se los dejé a la secretaria de Fortini. A la mañana siguiente, a través de su secretaria, Fortini nos hizo llamar a su despacho.

—Prepárense —dijo Norma.

Brian y yo nos miramos y la ignoramos, porque Norma era el tipo de persona que si el tiempo es un poco seco asegura que va a haber sequía todo el año, y si llueve dice que las lluvias durarán demasiado y se va a inundar todo. A sus pronósticos, siempre pesimistas, los emitía frunciendo la boca de un modo perverso, como si supiese algo que ignoraba el resto de los mortales. Era la empleada con más antigüedad en el Organismo, una de las llamadas «empleada de carrera»; no le caía bien a nadie pero se la respetaba por ser una experta en los vericuetos burocráticos, y por lo tanto la única capaz de resolver los imprevistos.

Entramos al despacho. Fortini nos esperaba sentado en su gran escritorio. Cerró violentamente un diario que tenía desplegado entre sus manos, tomó un expediente de una pila y respiró como tratando de calmar su ira.

—¿Ustedes no leen? ¿Todavía no aprendieron a leer? ¿Cómo puede ser que le abran un expediente a esta pelotudez?! ¿No vieron la cantidad de cosas de las que tengo que ocuparme? —Se levantó de la silla—. Estamos en guerra, ¿no entienden? ¡Estamos haciendo historia! —gritaba en su oficina soleada mientras recorría sin

descanso, con los puños cerrados y un gesto de exasperación, una alfombra verde y suave como el musgo.

Yo no entendía nada.

—El error fue mío —le dijo Brian reconociendo el expediente—. Le pido mil disculpas. Vi que en esa carta documento se mencionaba una denuncia penal y pensé que correspondía mandarla a Legales para que ustedes le dieran dictamen.

Sudado y arrepentido, Brian escuchaba a Fortini continuar despotricando y miraba hacia abajo como si hubiera tenido que descender a las más humillantes profundidades de la vergüenza trascendental. Cuando Fortini hizo silencio, Brian pareció reanimarse y levantó la cabeza.

—Lo importante es el proyecto —dijo—, y yo estoy comprometido con el proyecto al cien por cien. Le aseguro que no va a volver a suceder.

Fortini se ablandó al escuchar la palabra «proyecto», pero le advirtió que si volvía a cometer una estupidez así no le quedaría más remedio que mandarlo a su casa. Se sonó la nariz con una carilina, la abolló y se la puso a Brian en la mano, pidiéndole que la tirara al tacho de basura. Brian obedeció al instante. Después nos fuimos. Ese último gesto de maldad me sublevó.

—¿Ves? —le dije a Brian, ya en el ascensor—, él también tiene lo peor de los jefes. La derecha, la izquierda, qué sé yo. El poder les hace mal a las personas.

Brian se encogió de hombros, como si no le importara. Tenía la virtud de recuperarse de inmediato de cualquier tropiezo, algo que él llamaba «optimismo de la voluntad».

—Lo que importa es el proyecto, no las personas particulares. Además yo me siento agradecido. No olvides

que mi trabajo acá es fruto de una serie de azares. No me voy a andar haciendo problema por un par de mocos.

Cuando llegamos a la mesa de entradas, abrió la carpeta y me pasó la carta. Decía así:

He faltado a mi domicilio los días 12 y 13 próximo pasados ante las evidencias de complicidad de los departamentos PB «E» y 2^{do} «E» para con este sistema verichip que llevo implantado, a determinar desde dónde y por quiénes. Presumo que este chip responde al modelo Soul Catcher, y recoge y transmite todo aquello que circula por mi cabeza. Mediante este dispositivo pueden hablarme directamente, así como también mirar a través de mis ojos.

En 1980 Yoneji Masuda advirtió que nuestra libertad está siendo amenazada por tecnología desconocida para la mayoría de las personas. Los primeros implantes cerebrales fueron insertados quirúrgicamente en 1974 en el estado de Ohio. Las personas implantadas pueden ser rastreadas en todas partes. Sus funciones mentales son monitoreadas a distancia y las pueden alterar modificando sus frecuencias. Esta tecnología está llamada a crear un Nuevo Orden Mundial totalitario y yo soy una de sus conejillos de indias.

El día 14 comprobé que, además, esta gente podría tener llave del departamento que habito y hay que descartar posible intoxicación o envenenamiento progresivo.

Solicito se realicen pericias químicas en el agua, azúcar, servilletas de mi departamento. Al ingerirlos o haberlos utilizado he sentido que se

me adormecían la boca, el paladar y la nariz. He llevado a cabo una prueba con 2 (dos) plantas, las he regado con esa agua y se han muerto.

¿Son estas prácticas compatibles con la Ley de Servicios de Comunicación? Sin duda que no. ¿Cómo puede ser que esta gente me controle y me hable ininterrumpidamente desde hace 3 (tres) años y nadie haga nada? La causa está en la Justicia Federal y figura como causa «Su denuncia» desde el 17 de enero, fecha en que la presenté en la fiscalía de Estado, pero el Poder Judicial aún no ha respondido. He enviado documentación probatoria al Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, siendo que se trata de un crimen de lesa humanidad, y asimismo a la embajada de Cuba y al comando Fidel Castro Ruiz. Confío que ustedes tomarán de inmediato cartas en el asunto. Los saluda atte.

Reina Guevara

—Es una psicótica de los años 70. Esto va a terminar mal —dijo Norma.

—Tenemos que conservar esta carta —dijo Brian—, es una pieza de convicción.

Desde entonces me dediqué a coleccionar las cartas de Guevara y me entretuve investigando en la web las cosas de las que hablaba. Llegué a indagar bastante acerca de las llamadas «armas psicotrónicas», que afectan básicamente al cerebro, y la «tortura electrónica» que se ejerce con ellas en crueles experimentos para desarrollar esa tecnología con la que se ahorraría la violencia física en los grandes conflictos del futuro. Incluso, navegando en internet, un día caí casualmente en

ese otro foro, en inglés, donde más de cuatrocientas personas se agruparon en una asociación que aglutina a las víctimas de estos dispositivos.

Todo eso me servía para sacarle conversación a Guevara cuando venía a traer las cartas. Se aparecía en el mostrador semanalmente, a veces con una carta documento y a veces a preguntarnos cómo iba su trámite y revisar el expediente. Brian se había ocupado de armarle un expediente falso para que le constara que todos sus reclamos estaban siendo procesados por el Organismo. Era una mujer de unos setenta y tantos años, que andaba con anteojos oscuros y un sombrero con tul. Tenía el cuello lleno de pecas, una cabellera que parecía la peluca de una suegra de comedia, y la mayoría de las veces traía puesto un vestido como crujiente de color violeta.

—¿Cómo anda? —le preguntaba yo.

—Mal, ando mal, la verdad que mal. —Siempre me contestaba con la misma muletilla. Y luego hablábamos del acoso electrónico y de cómo las voces le llegaban a través de un microchip del tamaño de un grano de arroz. Ella estaba segura de que se lo habían implantado cuando la operaron de cataratas.

Así transcurrieron dos meses. Hasta que un día me contó que tenía que ir a hacerse una tomografía computada. Según ella, su problema había empeorado debido al efecto sostenido de una antena de radio que habían instalado clandestinamente en la terraza de su edificio para conectarse con el verichip. Todo eso lo dejó consignado en sus últimas cartas:

Me consta que existe el Principio Precautorio para este tipo de instalaciones, que determina que se deben tomar recaudos, como la medición

mensual de la inmisión y emisión de las ondas para tener un control del efecto que pueda causar la contaminación electromagnética. Nada de esto se ha cumplido con la empresa que tiene la antena instalada sobre mi edificio, detrás del tanque de agua. Se lo he transmitido al consorcio pero todos están en mi contra, especialmente los vecinos de PB «E» y 2^{do} «E», que como he señalado anteriormente son cómplices de las voces que me hablan desde hace 3 (tres) años.

El único que me ha escuchado y cree en lo que digo es el Sr. Cosme Negrete, ex integrante del Concejo de Administración, quien tiene a su esposa enferma de cáncer. Se sabe que la emisión de radiación puede producir cambios eléctricos en la membrana de todas las células del cuerpo, lo que podría estarnos provocando tanto a mí como a su esposa efectos biológicos importantes. Sabemos que el transceptor de los verichips necesita enlazarse con una antena de alta frecuencia como las que utilizan los radios. Y también que la interacción prolongada entre el transceptor y su antena puede provocar tumores cancerígenos en el tejido circundante al implante.

Michael Persinger ha investigado los efectos de las radiaciones electromagnéticas sobre el cerebro para un programa de armas del Pentágono. En 1995 publicó su estudio con el título «Sobre la posibilidad de acceder directamente a cada cerebro humano mediante inducción electromagnética de algoritmos fundamentales». Allí se verifica que se puede modificar la conciencia de un individuo, su personalidad o su memoria

mediante ondas electromagnéticas con amplitudes similares a las que utilizan las señales de radio y los sistemas de telecomunicaciones.

El día 27 del corriente llevé personalmente mi denuncia a la Municipalidad, donde ni se molestan en reconocer la existencia de esta antena, y pretenden callarme porque saben de mi compromiso con los desfavorecidos. He leído la ley y sé que al órgano regulador de telecomunicaciones le incumbe la responsabilidad de este caso. Exijo al director de Legales y al jefe del sector de Denuncias e Inspecciones que procedan ya mismo. Sin más,
Reina Guevara

Les confieso que el asunto de la antena me aburría un poco, pero todo dio un giro la mañana en que nos enteramos de que Corpos había logrado que la Corte Suprema avalara una medida cautelar, conseguida al parecer gracias a un juez comprado, que suspendía la aplicación de la ley antimonopólica. Con ello se frustró el plan épico que tenían el director general y Fortini: ir juntos a intervenir Corpos si no se desprendían voluntariamente y pronto de una parte sustanciosa de las licencias del grupo. El Organismo estaba muy alborotado. Todó era un drama. Por la ventana del tercer piso eché una mirada al patio; varias furgonetas de televisión comenzaban a tomar posiciones en medio de los escombros que habían quedado de las reformas edilicias sin terminar. Entre bolsas de cemento y arena los técnicos descargaban las cámaras y los cables.

Brian me pidió que subiera a dejarle a Fortini unas carpetas. Los doce televisores que ocupaban una pared del séptimo piso pasaban sin cesar la noticia del fallo

que había frenado la entrada en vigor de la ley. Fortini, con el jopo caído desordenadamente para un costado, iba a salir pero se había quedado a mitad de camino, solo, helado de ira y asombro. Minutos después escuché que le comentaba a su secretaria que acababa de descubrir que tenía un tapón de cera en el oído, que no podía escuchar nada con claridad y le parecía haber perdido el sentido del equilibrio. Se escarbaba la oreja con el dedo meñique y abría la boca como si bostezara.

—¿Tenés hisopos, preciosa? —me preguntó al verme, como si alguien pudiera llevar hisopos al trabajo. Moví la cabeza en un gesto de negación—. No te preocupes —dijo.

Luego le encargó a su secretaria unas cosas que no llegué a oír porque hablaba en voz baja. Pero escuché que le pedía que fuera precavida porque muchas de las líneas telefónicas del Organismo estaban pinchadas por Corpos. Y, no sé bien a colación de qué, exclamó:

—¡Yo sé cómo funciona el capitalismo! ¡A mí no me la contaron! Yo marcaba tarjeta a los trece años.

Nos explicó que desde muy pequeño su madre lo había tenido que mandar a trabajar de cadete. Se puso sentimental al evocar su pubertad sacrificada. Era, después de todo, un hombre sufrido y sensible. En ese momento me dio un poco de pena. Cuando empezó a trabajar en el Organismo se lo veía exultante, pero con el estrés que había desarrollado durante esos meses estaba muy desmejorado: en cualquier pequeñez insignificante veía un acto de sabotaje o un infiltrado, y vivía con los músculos de su mandíbula en tensión constante. Le dejé las carpetas y salí, justo cuando entraban a su despacho los dos fotógrafos de la agencia de noticias estatal.

Había tropes de empleados que iban y venían de un lado para el otro. Tardé veinte minutos en tomar el ascensor. Todos estábamos de mal humor salvo Brian, que conservaba su espíritu plácido y jovial. Sus dientes relucientes masticaban con gusto una tostada con mermelada de kiwi, mientras Norma y Fabiana atendían a dos empleados judiciales insoportables que habían aparecido a pedir una lista de expedientes. El director de gestión nos había dado orden de que no los entregáramos y ni siquiera sabíamos adónde habían ido a parar. Otras tres personas esperaban para ser atendidas, rabiosas, porque se había caído el sistema y no podíamos responder ninguna de sus consultas. Brian terminó el café con leche y me dijo:

—Me tengo que ir. Hoy la operan a mi madre.

—¿De qué?

—De lo de la gordura.

—¿A qué hora volvés? Estamos sobrepasadas.

—Hoy ya no puedo volver. Voy a ayudar en el armado de un centro cultural en la villa 21-24. ¡Gracias por cubrirme!

Norma giró un solo ojo hacia un costado y lo miró con desprecio. Debo decir que no pocas veces Brian se retiraba y daba por sentado que lo íbamos a cubrir, porque a veces los jóvenes militantes tienen un poco la misma pretensión que los artistas: creen que cualquiera de sus planes debería suscitar de inmediato la admiración y el apoyo de su entorno. Para Norma, cualquier organismo que pretendiera funcionar de un modo idóneo tenía que darle decididamente la espalda tanto a la militancia como a la juventud, y por eso sentía animadversión hacia la nueva gestión, que se había nutrido de ambas.

Lo cierto es que Fabiana, Norma y yo nos tuvimos que quedar trabajando hasta las diez de la noche. A mí me tocó la indigna tarea de reinventar unas fojas que alguien había arrancado del expediente de una licitación. Luego me pidieron que sacara tres copias de aquel expediente de setecientas fojas. En la fotocopidora perdí el último subte para volver a casa. Al salir del Organismo, un poco mareada, me paré en una esquina a comer un alfajor y pensar si tomar un taxi o caminar. Fabiana apareció de la nada y me dijo:

—Estoy reventada. ¿Vamos a tomar unos tragos?

Enseguida me arrastró hasta un bar que estaba a la vuelta, insistiendo en que había *happy hour*. Yo no quise tragos pero tomé una cerveza bastante fresca. Apenas nos sentamos me di cuenta de que Fabiana sentía la necesidad imperiosa de contarme todo. Y la escuché atentamente: me confesó que sí, que andaba con Fortini, pero ya un poco en declive, o quizás en picada.

—La tiene muy grande pero coge demasiado rápido y fuerte y se distrae con cosas inútiles porque adora las piruetas. Es de esos que piensan que el buen sexo es un gran despliegue circense y son capaces de subirse arriba del ropero y tirarse desde ahí para darle más «vuelo» al asunto.

Según ella, Fortini estaba demasiado estresado. Trabajaba dieciséis horas al día y, cuando se acostaba, aunque tomaba diazepam rigurosamente, no pegaba un ojo. Me contó que se encontraban en un departamento a la mañana temprano, o cuando él terminaba de trabajar, cerca de medianoche, y no podía parar de hablarle del Organismo.

—Es un *workalcoholic*. Necesita sobrecargarse para sentir esa velocidad que lo hace sufrir pero que a la vez es lo único que lo electriza —me dijo mientras tomaba con la pajita su cuarto daiquiri.

Se notaba que Fabiana se sentía bastante insatisfecha, incluso con respecto a la atención que él le dedicaba a ese departamento que había alquilado para ellos, su «nidito de amor».

—Ni siquiera se ocupó de contratar a alguien para que nos limpie el bulo. Y no puede ser que siga estando rota la tapa del inodoro. Eso ya es desidia.

De todo lo que dijo me quedó muy claro que el juego de la amante había degenerado en un aburrimiento cósmico.

Me preguntó por mi vida sentimental. Pedí otra cerveza y empecé a revivir mis recuerdos, que bien pronto se agotaron. ¿Adónde habían ido a parar? Ciertamente existían, pero dispersos como trozos de un rompecabezas caídos en el suelo y al que ni me interesaba armar, a lo sumo barrerlo y tirarlo a la basura. Además, nunca me gustó hablar de mí. Por suerte Fabiana lo entendió y, ya un poco borracha, se ablandó y siguió monologando sobre ella hasta contarme sus problemas más profundos:

—En el fondo, yo me siento muy sola.

De lo que dijo después deduje que, a pesar del carácter irascible de Fortini, de su tosquedad imperturbable y de su inflexible perseverancia en el trabajo, ella le tenía cariño y apreciaba sus poco frecuentes pero enérgicas caricias. Dijo que en esos días se sentía muy necesitada de afecto porque se estaba muriendo su abuela, que la había criado. Sus padres habían muerto hacía veinticinco años, juntos, una noche en que se

dejaron el gas abierto. Apretó con fuerza el colgante de topacio de una cadenita que llevaba puesta y me pareció que se le estaban por caer unas lágrimas. En ese instante se largó una tormenta. Mientras la moza nos traía la cuenta, Fabiana me dijo que quería vomitar y, como no la vi bien ni lo bastante sobria para manejarse sola, le llamé un radiotaxi.

Ya en la calle la cubrí con mi paraguas y la acompañé a la esquina, donde un grupo de empleados que acababan de salir del Organismo, cargados de papeles, con un aire extenuado y ausente se disputaban groseramente los escasos taxis que pasaban.

El auto que yo había pedido llegó de inmediato. Antes de despedirnos, con sus ojos fijos en los míos, Fabiana me planteó esta increíble pregunta:

—Sandra, ¿vos sos feliz?

Eso me sorprendió hasta el punto de no saber qué decir.

—¿Feliz? Ni feliz ni desgraciada, no soy nadie —le respondí honestamente. Fabiana, como si de repente recordara algo, revolvió el interior de su cartera y me entregó un sobrecito.

—Es un cupón de belleza para un tratamiento facial de «hilos mágicos», con esto es casi gratis —dijo—. Yo me lo hice porque a mí se me marcaban mucho las líneas de marioneta. El resultado es una maravilla. Te lo recomiendo.

Desconcertada, lo guardé en la cartera y le di las gracias mientras le cerraba la puerta del taxi.

Una semana más tarde se presentó ante el mostrador una mujer bastante alta, de unos cincuenta y pico de años, con una blusa negra cerrada hasta el cuello. Tenía la cara abotargada, unos ojos hundidos maqui-

llados en exceso y una verruga impactante en la mejilla izquierda. Sus pestañas cubiertas de rímel estaban húmedas y los polvos que cubrían sus mejillas habían adquirido un tinte morado.

—¿Está mi marido?

—¿Quién? —murmuró Fabiana.

—Mi marido: Gregorio Pascual Fortini.

La señora sacó de su cartera un pañuelo y se secó una lágrima. Fabiana la observaba, petrificada. Hubo unos momentos de silencio hasta que Brian reaccionó.

—Sí, por supuesto. En el séptimo piso.

La señora seguía mirando atentamente a Fabiana.

—Sos una miserable —balbuceó—, por fin te lo pude decir. —Arrugó la nariz con odio y repugnancia—. Vos sos más fuerte que yo, pero vas a tener que pagar por cada una de mis lágrimas.

Fabiana quedó dibujada, miró hacia otra parte y apretó nerviosamente el colgante de la cadenita. Norma parecía escudriñar a las dos con atención; le interesaban las personas en sus peores momentos de infelicidad.

—Quiero que me devuelvas las joyas —dijo la señora.

—¿Qué joyas? —preguntó Fabiana.

—No te hagas la boluda. ¡Y ahora devolveme las joyas que te regaló mi marido!

—Le aseguro que nunca me regaló nada. A veces trae medialunas a la mañana pero nada más...

—Medialunas... —repitió con sarcasmo.

En un gesto inesperado para todos, se arrodilló en el suelo, juntó las manos como si rezara y le suplicó a Fabiana que le entregara las joyas.

—Dámelas. Te lo ruego. Hacelo por mis hijos. Ellos no tienen la culpa de nada.

Fabiana tenía las cejas depiladas en finas líneas arqueadas, lo que daba a su mirada una expresión de sorpresa permanente, a veces de niña asustada y en este caso de mujer agraviada. Debió darse cuenta de que aquella señora era capaz de ponerse de rodillas ante ella solo por orgullo, para elevarse a sí misma y humillarla. Hizo una mueca de bronca y se sacó los tres anillos y los aros. Los apoyó en el mostrador. Notó que la esposa de Fortini le miraba el cuello y se quitó la cadenita con el colgante de topacio.

La señora se puso de pie y suspiró satisfecha, envolvió las alhajas en el pañuelo y le dijo:

—En cuanto a mi esposo, es exactamente eso: mi esposo. Hasta que la muerte nos separe.

Sin decir una palabra más, se retiró.

Brian no se pudo contener y soltó una carcajada.

—Eso de que los tipos les regalan joyas a las amantes... ¡Qué antigüedad!

Miré a Fabiana salir apurada en dirección al baño y corrí tras ella. Entré y me quedé viendo cómo marcaba, una y otra vez, el mismo contacto en su teléfono, mientras lloraba de rabia. Hasta que al fin apoyó el celular sobre la mesada del lavatorio, lo arrojó violentamente hacia un costado y gritó:

—¡Más vale que recuperes la cadenita!

Fortini no la podía atender porque estaba en reunión con el abogado de Corpos. Las dos lo sabíamos y era obvio que no iba a atender a nadie.

—Tranquilizate, ya te la va a recuperar —le dije mientras ella se enjuagaba la cara.

—Estoy segura de que esto lo produjo él.

—¿Qué?

—Lo de su esposa.

—No creo. ¿Para qué?

—Porque anteayer nos encontramos en el depto y se le paraba y se le bajaba —me respondió empezando a retocarse el maquillaje frente al espejo—. Llegó un momento en que a mí se me fueron las ganas, pero él insistía en volver a intentarlo. Y cuando ya era evidente que me había hartado me empezó a decir que en realidad era mi culpa, que no se le paraba porque yo no era demostrativa y entonces él no podía saber lo que sentía, que yo no me mostraba tal cual era, que no era transparente en mis sentimientos. Y yo pensé: «Lo único que falta». Y le dije: «¡Pero qué carajo importa lo que siento! Yo me quiero divertir cuando estoy con vos y punto. Nada más».

—¿Y se ofendió?

—Sí, ayer no hablamos en todo el día. Se había quedado muy desilusionado. Nunca había tenido una amante y esperaba que yo me enamorara de él. Además me dijo que yo no valoraba que él en vez de ahorrar estuviese alquilando ese departamento hermoso. Qué caradura, si vieras lo que es. Estoy segura de que hizo algo a propósito para que ella se entere —dijo repuesta, y noté que el asunto ya no le provocaba dolor ni sorpresa, sino sencillamente un odio frío y afilado, como un bisturí—. La vieja del orto se llevó la cadenita de mi abuela. Ahora me va a conocer.

En el subte de regreso a casa me sentía cansada, pero dentro de todo, también afortunada por tener una vida tranquila y estable; en un mundo en que tantos individuos se relacionan en circunstancias nada envidiables, me pareció que constituía una ventaja el estar siempre soltera, un poco al margen de los problemas mundanos, y no haber padecido nada desagradable.

Al día siguiente llegué tarde al Organismo. Había ido al centro de estética a usar el cupón de belleza que Fabiana me había regalado. Antes investigué en internet y me informé de que era un tratamiento seguro, que no duraba más de media hora. Se trataba de unos hilos que provocaban un efecto tensor de los músculos y reactivaban la producción natural de colágeno y elastina. Me pareció interesante porque la piel de mi cuello estaba un poco descolgada por los kilos de más y por problemas hormonales. Me sorprendí de lo bien que me recibieron. Habían puesto una música relajante, me inyectaron la anestesia y no bien empezaron a introducir en la zona unas agujas que servirían de guía para los hilos de polidioxanona, me quedé dormida. Cuando vino la cosmiatra a despertarme pensé que era un sueño.

Ya en la calle descubrí que tenía como trece llamadas perdidas de Norma, que estaba furiosa porque yo no llegaba y Fabiana había faltado. En esos últimos tiempos a Norma le agarraban reacciones impulsivas que me hacían pensar que quizás hubiera entrado en la menopausia.

—¡Qué bien se te ve! —dijo Brian cuando entré y me saqué los anteojos de sol—. Ayer parecías una momia, ¿qué te hiciste?

—Hilos tensores —respondí.

—¡Ah, sí! Es lo que se hizo Jane Fonda en la papada. ¡No puede ser! ¿Y no te quedó ni un solo hematoma?

—Tu amiga está esperando que la atiendas —interrumpió Norma, y señaló con la cabeza a una mujer que aguardaba junto al mostrador.

Era Reina Guevara. Casi me había olvidado de su existencia. Raramente, esta vez iba vestida con un so-

brio traje sastre azul, y sus cabellos, bien estirados, aparecían recogidos en un rodete.

—¿Cómo anda? —le pregunté como siempre.

Pero ella me respondió cortante:

—¿Qué novedades hay? —Se sacó los anteojos de sol y los dejó sobre el mostrador, junto a los míos.

—Ninguna. Lamentablemente. Si quiere le traigo el expediente.

—No, no me interesa. Quiero hablar con Gregorio Fortini.

—En este momento está en reunión.

Noté que la anciana fruncía las cejas y cambiaba su expresión, al mismo tiempo que inclinaba medio cuerpo sobre el mostrador con actitud amenazante.

—Tengo un revólver en el bolso —me anunció, y sacó de su cartera una pequeña pistola automática con empuñadura de nácar, que apuntó hacia mí. La pistola era demasiado pequeña y demasiado linda para parecer auténtica, pero igual me alejé y me puse en guardia. Brian soltó una risita, me tomó del brazo y exclamó:

—My Gosh...

Norma abandonó de inmediato lo que estaba haciendo y le dijo amablemente:

—Pase por aquí. La sala de reuniones está al final del pasillo.

Tardé unos segundos en concebir la dimensión del hecho y salir tras la anciana. Cuando entré a la sala, Guevara encañonó a Fortini y lo obligó a que se arrodillara en el piso y le suplicara que le perdonara la vida. Las manos de Fortini estrujaban unas hojas caídas mientras ella le apuntaba a la sien y le cantaba sus cuatro verdades acerca del microchip y la antena receptora.

—¡Asesino! —le puso el pie en la nuca y empujó hacia adelante, hasta aplastarle un poquito la cara contra la alfombra.

Un círculo de empleados rodeábamos la escena como un grupo de transeúntes curioseando una pelea callejera, un accidente de tránsito o un intento de suicidio. El director de gestión le arrebató la pistola a Guevara. Ella se lanzó sobre él y le dio carterazos y patadas. Él no podía rebajarse a devolverle los golpes a una vieja, así que cuanto más lo golpeaba, más se doblaba cubriéndose la nuca con las manos.

Fortini se levantó del piso. Tenía el rostro pálido como la cera. El mechón de su jopo, empapado de sudor, le caía sobre un ojo.

—No es nada. Fue solo un mal momento. ¡A seguir trabajando!

La anciana se acomodó el rodete, se calzó la cartera y empezó a caminar hacia la salida. Yo me había puesto muy mal. Me sentía responsable por todo lo ocurrido. Y caminé siguiendo a Reina Guevara a lo largo del pasillo, pensando en el lío que podía armarse cuando se descubriera que Brian y yo le habíamos creado un expediente falso.

Una confusión extrema reinaba en la entrada. Circulaba el rumor de que había habido un intento de atentado. Un grupo de militantes se había concentrado en la vereda en apoyo a la ley, pero ni repararon en la vieja cuando ella salió. Brian daba instrucciones con un megáfono.

Me paré al costado de la puerta, me hice sombra con la mano en la frente para mirar a Reina Guevara alejarse y pensé en Fortini y en las pequeñas miserias que los políticos deben sobrellevar para hacer historia.

—Hay días que dan ganas de llorar —dijo Brian, pero no lloró, solo dejó el megáfono en el piso, encendió un cigarrillo y me convidó otro a mí.

Llegué a mi casa y encendí la tele. Pasaba de canal en canal en busca de algo que me cosquilleara suavemente las terminaciones nerviosas, ¡y qué noticia me esperaba! Zócalo: «El Organismo en la mira». En el living del noticiero de uno de los canales de Corpos distinguí a Reina Guevara acompañada por su abogado, un tipo con la cara naranja, traje blanco, anillos con piedras y reloj de oro, que había intervenido en casos de lo más controversiales. Despatarrado en el sillón del estudio como si fuera la casa de su tía, explicaba que a su clienta le habían descubierto un tumor cerebral, producto de la emisión electromagnética de una antena de radio instalada en la terraza de su edificio, y que esa emisora pertenecía a un grupo mediático afín al gobierno y que en los últimos años había crecido al calor de la pauta oficial.

Guevara se mantenía callada y asentía con cara compungida. Sentado junto a la anciana estaba también Cosme Negrete, un hombre con anteojos gruesos como de mirar los precios y escasos cabellos de un blanco immaculado, que hizo un esfuerzo enorme por contar, en orden cronológico y lo más rápido posible, toda la evolución de la enfermedad terminal de su esposa, hasta que no pudo más y prorrumpió en sollozos.

El conductor, consciente de que acababa de darse la escena que haría llorar a millones de espectadores, aprovechó para impostar su indignación y recaló que los reclamos realizados por Guevara al Organismo nunca habían llegado al sector correspondiente, Denuncias e Inspecciones. El mensaje era claro: ensañado

en su cruzada contra Corpos, el Organismo dejaba de lado sus responsabilidades y su inacción se cobraba la vida de ciudadanos comunes y corrientes.

Entonces pasaron a un móvil en exteriores que mostraba a todo un grupo de vecinos congregados al pie del edificio donde estaba la antena.

—Nuestra preocupación empezó porque fuimos detectando problemas de salud al recorrer las escuelas del barrio —dijo un médico del hospital de la zona.

La cámara enfocaba los rostros de los niños del barrio como si todos ellos fueran a morir, era solo cuestión de tiempo.

Volvieron al estudio y se anunció una primicia. Sentada en una silla del jardín de su bonita casa suburbana, apareció Fabiana. Aseguraba haber sido la amante de un director del Organismo y presenciado «diversas irregularidades». Se valía de respuestas como: «Por supuesto», «Desde luego que no lo sabía», «En absoluto», «Así es, María Emilia», «Me siento defraudada», y casi todas las preguntas eran tan simplonas que podía resolverlas con esas cinco opciones más «sí» y «no». Mientras tanto pasaban imágenes «en exclusiva» del lujoso «nidito de amor» de Fabiana y Fortini, de cuyo altísimo alquiler se dijo que se pagaba con plata del Organismo. Me costaba conectar esas imágenes de un *penthouse* suntuoso con las cosas que Fabiana me había contado, como la tapa del inodoro rota, no podía creer que fuera el mismo lugar. Como sea, los enemigos políticos de Fortini ya le habían iniciado denuncias por incumplimiento de deberes y malversación de fondos públicos.

Hay que decir que Fortini lo llevó con mucha dignidad en los días siguientes. No se dejó amedrentar

por el escándalo. Se negó rotundamente a aceptar un apriete que le hicieron para que abandonara la batalla legal contra Corpos a cambio de que ellos levantaran los cargos y la opereta mediática. Aquel viernes Brian me propuso salir a almorzar. Al bajar del ascensor nos encontramos cegados por los flashes. Brian, acostumbrado, sonrió de oreja a oreja y lanzó un beso mientras era ametrallado por los eternos fotógrafos de la agencia estatal. Por el pasillo esquivamos como pudimos al manicomio de periodistas de otros medios que recogían migajas de información sobre la «dura prueba» por la que estaba pasando el Organismo. Fuimos a buscar nuestros abrigos y salimos a la calle.

No hubo caso, entramos en tres confiterías pero en todas tenían algún televisor fijado en el canal de noticias de Corpos y todo el tiempo pasaban lo mismo: el video de la anciana que encaraba a Fortini, le cantaba sus cuatro verdades, le gritaba asesino y salía caminando hasta cruzar la puerta principal.

Mientras comíamos la pizza nos preguntábamos si todo lo de las cartas de Guevara habría sido desde el principio una operación, y si Fabiana no habría estado contratada desde siempre por Corpos, e incluso si la esposa de Fortini o Norma tenían algo que ver. Todo nos parecía posible. Pero Brian me hizo reparar en que lo más inquietante era el video. ¿Quién lo habría filmado? No me había detenido a pensar en su pregunta hasta que en un momento me atraganté con la frutilla de la copa helada.

Estaba viendo los últimos segundos de aquella secuencia, y reparé en que al final del video aparecía mi mano: cruzaba el cuadro de abajo hacia arriba hasta apoyarse en lo que debía ser mi frente, bloqueando

así, con un poco de sombra, esos rayos de sol que cegaban la imagen. De repente comprendí que la perspectiva desde la cual se veía el video era la de mis ojos, desde el momento en que Guevara hacía arrodillar a Fortini hasta que se iba por la calle. Esa revelación me trastornó.

Los «hilos mágicos», pensé, ¿y si lo que me hicieron fue otra cosa?

Me llevé lentamente la mano hacia la nuca y llegué a sentir el chip debajo de mi piel. Bueno, no el chip, en realidad, ustedes saben, porque estaba enterrado debajo de la placa metálica, pero sí la cicatriz alrededor, dura e implacable. Al principio trataba de no tocarla demasiado pero después se volvió una obsesión hacerlo, como una espina en la palma de la mano.

—Mirá lo que tengo acá—le dije a Brian con un hilo de voz, tomé su mano y la llevé hacia mi cuello.

—¿Te pasa algo?—preguntó y se estiró por atrás de mi silla para mirarme la nuca—. ¿Te sentís bien?

—Como si alguien fuera mi dueño.

Dije eso y pensé que acaso ellos estuvieran espionando esa escena a través de mis ojos. Entonces escondí las manos detrás de mi espalda para que no pudiesen ver cómo temblaban...

Dado que todos ustedes, los miembros de este foro, han atravesado experiencias similares, me pareció necesario acercarles mi testimonio. Han pasado seis meses desde que Brian me trajo al Convento de Carmelitas Descalzas del Centenario. Aquí me recibió el gran amor de su vida, su ex pareja, que ahora se llama Ana Rosa de la Reina del Carmelo, habiéndose convertido en la primera carmelita trans. Brian eligió este lugar retirado, en Neuquén, porque aquí

no hay antenas. Les escribo porque no puedo hablar, hice voto de silencio como penitencia temporal y por precaución, porque si bien estamos seguras de que el chip ya no tiene suficiente batería para capturar video, nos queda sin embargo la duda con respecto al audio.

En este convento tratamos de seguir el camino de la perfección según santa Teresa: «aquí todas han de ser amigas / todas se han de amar / todas se han de querer / todas se han de ayudar». Nuestra guía es la hermana Mónica, quien desde hace ya un tiempo se dedica, con Ana Rosa, su principal asistente, a rescatar de la prostitución a las travestis de la zona y las invita a vivir en nuestra comunidad. Ella sabe que en la Iglesia se las ha lastimado, pero ha puesto todo su empeño en revertir esa falta de misericordia y que la Virgen las acoja por fin bajo su manto. Ha podido emprender este proyecto gracias al apoyo del arzobispo de Buenos Aires. Con su ayuda, en el convento se organizaron talleres para que cada una pueda desarrollar el oficio que soñaba.

Hoy hay mucho ajeteo porque mañana llegará el arzobispo a pasar unos días con nosotras. En estos momentos se encuentra trabajando para convertirse en papa. Y tras haber descubierto que el papa anterior se vio obligado a renunciar por una operación de espionaje, considera conveniente refugiarse en un lugar libre de antenas. Ana Rosa me contó que el arzobispo sostiene que el control cibernético de la voluntad ajena será la forma de posesión satánica del tercer milenio, y también que hay poderes que se proponen instalar el verichip de manera masiva en la población argentina, como ya se hizo en otros países. Dado que

él es nacionalista, considera imperativo resistir a esta tendencia global. Por eso, según Ana Rosa, este ejército trans que responde al amor desinteresado de la hermana Mónica podría ser próximamente entrenado como un cuerpo de exorcistas electrónicas de elite al servicio del Vaticano.

Hay dos opciones: morir creyendo en la palabra de Dios y resucitar a una nueva vida que Él nos ha prometido o ser esclavo del Diablo en este mundo que se encamina hacia el abismo. Yo pude rescatarme a tiempo, pero me preocupa que exista tanta gente que esté siendo víctima de estas tecnologías y todavía lo ignore. Tantas almas que llevan consigo el verichip sin saber todavía que es la marca de la Bestia.